

dió a luz un niño, y como yo esperaba recargado en el barandal del corredor, el resultado, verdaderamente inquieto y molesto por los desesperados quejidos de la enferma, Antonio, para darme la nueva, salió a verme, menos intranquilo, pero mucho más abatido.

Sombrío, con los brazos cruzados sobre el pecho, monologuando con sus reflexiones, exclamaba alzando los ojos al cielo que comenzaba a teñirse de un pálido rosa, en un raptó de superstición italiana, y con el fervor de quien tiene costumbre de recurrir a la religión en los supremos trances:

—¡Ah! *Madonna mia*.

Lo obligué a que me comunicara sus cuitas. En ese momento estaba como arrepentido, y su deseo era volver a Italia, volver; era forzoso que Emma y él volvieran a Nápoles, cada quien a su hogar, a su familia, a su deber; hacía tiempo que acariciaba la idea y que buscaba medios de realizarla. Llegar, sin que nadie se apercibiese de su falta, llegar a convencer a su esposa y a besar a sus hijos, y obligar a Emma a que hiciese lo mismo con sus hermanos; un engaño benéfico, una separación necesaria, una reparación justa. Atar los rotos estambres de la vida, con cuidado, con sumo cuidado, de manera que ninguno notase el sitio en que los cortó, locamente, una ciega pasión. Y ahora ¿cómo lograr eso? Ya estaba ahí el niño, el obstáculo, el que impedía todo plan, el que echaba por tierra todo proyecto, el que hacía imposible toda ocultación. En el fondo de estas lamentaciones adiviné una perversidad no muy clara, porque se envolvía en sutiles velos bondadosos, pero, aunque imprecisa, bastante sensible a la observación. Aquel hombre era un

egoísta y un tímido. Le faltaban resolución y generosidad: quería ser amante, más, tal vez, por sensualismo que por sentimiento, pero le horrorizaba la carga de la paternidad en tales condiciones.

Y en un instintivo golpe de piedad, sin darme cuenta de ello, entre indignado y enternecido, le propuse:—Déjeme usted al niño.

Antonio me vió intensamente, con mirada interrogativa, sorprendido por la solución que yo daba a su problema y, al cabo de un instante, me respondió con desaliento:

—Es usted muy joven.

—¿Y qué? Tanto mejor, Antonio, para el caso. Sin obligaciones, sin compromisos.—Me puse a hablarle desatentado y febril.

¿Lo convencí o se dejó convencer? ¿Fué una red la que me tendió ese miserable? No me importa. Obré, por un impulso, viejo en mí, de compasión hacia los débiles, exacerbada por el recuerdo de mi niñez un poco triste.

Convinimos en que yo sería el depositario; un pacto honrado: recogería al recién nacido, lo tendría conmigo, y más tarde, cuando ellos lo creyeran conveniente, se los devolvería sin más requisitos.

Fuí a tenderme en mi cama, sin dormir, alarmado por mi audacia y un tanto disgustado de la existencia. No conocía aún al chico y era ya mío; me lo pasaban como un fardo. ¿Sería posible? ¿Aceptaría la madre esta iniquidad?

Sí; me lo dieron; llegué por él, lo extraje del regazo materno, mirando la cara de Dolorosa de Emma, interesante de palidez y resignación, con las pupilas lucientes a través de las lágrimas, y los labios exangües y temblorosos. Un ímpetu de re-

sistencia, un grito ahogado, la voz imperativa de Antonio ordenando la maniobra, la *mamma* en un ángulo de la pieza, vuelto el rostro a la pared, en un mudo y colérico reconcentramiento, y yo llevándome el *obstáculo*, aquel pobrecillo que no tenía fuerza ni para llorar, y que, a semejanza de los hongos, nació, no de entrañas humanas, sino de la tierra y abandonado.

Tú sabes lo que sucedió, ¿no te lo dije? Le compré cuna, le busqué nodriza, me hice un maternal, un metódico, un bueno. El niño, mi perro—el mastín que me regalaste—y yo, formamos la familia más dichosa del mundo. La *pajarera* me tuvo envidia. Las bailarinas se acercaban a mi habitación cuchicheando, y se alejaban conteniendo la risa; tú me reprendías mis extravagancias; el Universo se me venía encima, pero yo me sentía feliz, te lo juro, con mi calaverada.

Visité a los amantes, pero ellos no me visitaron; los primeros días, al verme, me asaltaban a preguntas; en seguida fueron serenándose, y cuando la enferma pudo levantarse y me rogó que la llevara a contemplar a su hijo, la *mamma* la retuvo con violencia, y Antonio—¡no!—le dijo con un agrio gesto.

Emma, con una pasividad desconsoladora, ya no hizo resistencia; tentado me vi a devolverle a la criatura, se lo indiqué; pero la mujer, tras un rato de reflexión, exclamó:

—Se lo dejo a usted, cuídalo mucho; es muy hermoso, no podemos llevárnosle; quién sabe si más tarde.....

Y en los momentos de preparar el viaje para la Habana, arreglando las maletas, rotulando los

baules, en el trajín escandaloso de la Compañía en marcha, se despidieron de mí, entre el alboroto de los compañeros alegres, y me hicieron mil encargos, y me abrasaron efusivamente, y me llamaron su salvador, y santificaron mi conducta, y me bendijeron.

Regresarían a vernos, muy en breve; ya no podrían vivir sin nosotros. ¿Entrar a ver al niño? ¿Para qué esa tortura? Lo llevaban en el corazón. Emma dirigiendo la vista hacia mi cuarto y enclavijando las manos, murmuraba:—*Angelo mio*.

Los dejé al pie de la escalera; subí, y al levantar las cortinas de la cuna, noté que el abandonado no dormía; miraba con la vaguedad conmovedora de los recién nacidos. Su cabecita de nácar cubierta de una ligera pelusa de oro, se destacaba en la blancura de la almohada.

Y forjándome la ilusión de que me entendía, me incliné para decirle:

—Ahora sí; ya estamos solos en la *pajarera*, amiguito. ¿No es verdad que prefieres esta alcoba a la Casa de Expósitos?

—¿Y tu *italianito*?—solías preguntarme en la redacción, muy de mañana, mientras tú forjabas editoriales y yo afilegranaba crónicas.

—Oh! famoso, rollizo, gordo, sano; en camino de ser un grande hombre.

Al cumplir el muchacho cuatro meses, consideré que mi propiedad estaba asegurada. Y no; las cartas mentían; las cartas en que Emma y Antonio me hicieron el regalo, eran unas embusteras; las cartas aquellas con recortes de periódico y reseñas de

triumfos artísticos, y halagos y promesas, y al final tres *patas de mosca* de la *mamma*, me engañaron.

Un día se presentó Antonio en el *Siglo*. ¿Cómo? Ya de vuelta?

—Sí; nos vamos luego; hemos formado una Compañía lírica para recorrer la República

—¿Luego no volverán ustedes a Italia?

—Por ahora, no.....

Y fué insinuándoseme, envolviéndome en su maquiavelismo. ¡Ah, hipócrita! Venía por el niño..... ¿y qué había de hacer? Se lo entregué. Mi contrariedad se asemejó a un sufrimiento. Me acostumbré, en esa época, a poseer algo, a cuidar algo, a contestarte cuando me hablabas de tus hijos—¡qué tontería!—con la confianza de mi *italianito*.

Al saber la verdad—no falta nunca quien se apresure a darnos las malas noticias—me enfurecí. Me habían quitado al inocente, por lucro; se lo entregaron a un rico, extravagante como yo, por no sé qué cantidad, para formar la Compañía lírica. Se hacían empresarios a costa de una infamia. Pero, señor, ¿éstos eran padres o comprachicos?

Pasó la onda de ira, y ya en calma el espíritu, pensé: hicieron bien; se conoce que, aunque poco, se preocupan por el abandonado; lo llevan a donde tiene más bienestar y más porvenir. Han exprimido sus almas y ha brotado una última gota de amor. Buscándole el sendero para la felicidad, a falta de calor de cariño suyo, le dan lujo ajeno. ¡Menos mal!

A mis oídos llegó el eco de la fiesta; el bautizo del muchacho. Las hadas de los cuentos lo llenaron de dones. Se deshicieron perlas en las copas de vino. ¿Quiénes se presentaron por sus padres? Lo

ignoro; mas sé lo que necesito; que Emma y Antonio no estaban allí.

Me guardé mi desengaño en el arca de las chucherías viejas, de las ilusiones rotas y de las esperanzas aliquebradas, y camina que caminarás, seguí viviendo.

Algunas veces, durante dos años, vi en la Reforma, al rico burócrata y a su mujer, en carruaje abierto. Exhibían al chico en un florón de encajes y de sedas. Me consolaba; yo no hubiera logrado jamás vestirlo así.

Y me reconciliaba con los napolitanos, de quienes sabía que cantaban óperas vetustas en provincias; que Emma hacía furor en *Norma*. (¡Oh, *Norma* interpretada por la *otra mezzo soprano*, la hija del jefe de los Druidas, la heroica madre!) y que seguían amándose con el mismo sensual ardor, como si llevasen inextinta en el corazón, lava del Vesubio.

Y una ironía me retozaba en los labios:

—Está bien, enamorados impenitentes; a tirar hijos al arroyo!.....

— ¿Lo creerás? No hará seis meses he vuelto a ver al *italianito*. ¡Qué cambio! El rico burócrata murió; y la viuda está muy pobre, muy pobre; en la miseria. Va por esas calles con la falda raída y el tápalo descolorido. Lleva de la mano a un niño, a un rubito de cara pecosa y ojos tristes, de un verde pálido, como dos gotas de agua del Adriático, iluminadas por un rayo de luna. Con la boina grisienta sobre la cabellera sucia, el vestido manchado y con desgarrones, las medias agujereadas, los zapatos torcidos, parece un mendiguillo.

Me enternecí; a ti te habría pasado lo mismo; tuve deseo de acercarme a ellos y preguntarles y socorrerlos.

Pero la señora parece muy altiva y, luego, me contuvo un pensamiento súbito: ¿Qué diablos voy a decirles? Tal vez el niño nada sospecha; y es feliz y se siente amado. ¿Para qué acercármele? ¿Qué voy a darle? Si ya tiene lo que le faltaba: ya tiene madre.

Y he aquí, mi buen Carlos, joven abate, severo analizador de conciencias, lo que tu frase, que encierra tanta amargura, me trajo a la memoria, hoy, cinco de Enero, noche de Reyes, en las *tandas* del Principal.

Noche de Reyes! Tus hijos, que ya son huérfanos de caricias santas, porque la bella y dulce alentadora de tu juventud te dejó en medio de la *selva obscura*, duermen y sueñan. La abuela, a esta hora, ha puesto un juguete en cada zapato.

En la atmósfera azul hay aleteos: esta noche, los ángeles abren las ventanas y los balcones de las casas que tienen niños, para que los Magos depositen sus presentes.

Quizás el *italianito* haya puesto también su burdo y roto botín. Amanecerá con su regalo.

Sólo a estos pobres chiquitines amodorrados es probable que no los visite el cortejo celeste. Al acostarlos, cuando los desnuden a tirones, no les dirán que deben dejar en el balcón un zapatito.

—Pobrecillos; son hijos de cómica!.....

MARIPOSA DE AMOR

Anoche, no sabiendo a donde ir, porque esta ciudad de México es muy poco divertida en ocasiones, fui sin rumbo, callejeando, callejeando, y más entretenido en seguir los saltos y vuelos de mi aburrida imaginación, que en contemplar la uniforme soledad de estas avenidas, cuyas aceras, de una rectitud desesperante, se alinean, estrechándose paralelamente, hasta juntarse en el horizonte, sin un zig-zag, sin una ondulación, sin un tropiezo, inflexibles como rieles de vía férrea tendida en la llanura.

En otro tiempo, pasear al acaso, por callejones y plazuelas, en un plenilunio de Enero, era de un inocente sabor romántico. Había en el aire cosas verdaderamente divinas: azules transparencias en lo alto, en los cielos, en las montañas; inmensas placas de claridad argentina en lo bajo, en el pavimento, que no parecía de piedras toscas, ni de baldosas gastadas, sino suelo de mosaicos radiantes; súbitas refulgencias en la obscuridad de los muros, chispas estrelladas en los cristales o prendidas en los hierros de las ventanas; efímeras púas y astillas de reflejos en veletas y pararrayos; listones de cabrilleos en el filo de azoteas y cornisas; perfiles férricos en cúpulas y campanarios, rincones de sombra

para esconder misterios y fantasías, y en todas partes, un brillante polvo de luceros que, como una lluvia de plata, caía de los esplendores siderales.

Ahora, las ciudades modernas han perdido ese encanto. Los focos eléctricos han matado la poesía de la luna, un foco más, ni tan brillante ni tan útil como los otros, que va, por arriba, olvidado y triste, rodando entre las nubes, como el último botón de la chupa del Pierrot legendario.

Las íes de Musset no existen ya; el pobre Espronceda no hubiera podido hoy rimar su "Estudiante de Salamanca." Ahora sí que la luna es un mundo muerto, bien muerto: ¡que entierren ese cadáver en la gran fosa azul del horizonte! es inhumano tenerlo insepulto. ¡Con razón están tan pensativas las estrellas!

*
* *

¿Decía?..... ¡Ah, sí; que callejeando, callejeando, dí con una puerta, un amplio marco de luz cruda, enguarnaldado de incandescentes globos rojos como volutas luminosas. ¿Qué era aquello? Me detuve a curiosear; era un teatro de barrio.

Y en un cartelón colgante, hecho de remiendos de colores, como el traje de Arlequín, leí el programa de la función: *tandas*, viejas piezas del "género chico," y una zarzuela nacional, que, a juzgar por el título, debía de ser una burda y picante payasada.

Cantando un bostezo, entré; pedí un billete en el garitón de madera enjalbegada, con un agujero en el centro, por donde asomaban unas manos de facineroso, y, alzando la cortina verde, de terciopelo

lo chafado y mugriento, me introduje en la sala de espectáculos.

La improvisada construcción del teatro dábale un aspecto de barraca. Todo estaba allí hecho con palos viejos y enseres apolillados, sillas de equilibrio milagroso, barandales de barrotes torcidos, y en las paredes, en los objetos, una huella oscura e innoble de polvo y trasiego, marca repugnante que deja, al paso, la incuria de la multitud.

Había gente; en las primeras filas, truhanes y perdidas, sentados en posturas rufianescas; en los palcos, semejantes a los aposentos de los "corrales," los cursis y burgueses del barrio, serios y atentos, como absortos en la representación, y arriba, el "mosquete," el populacho apretado, inquieto, piña de cabezas greñudas que gesticulaban en la penumbra, con un *rictus* imbecil.

En el foro, pequeño, primitivo, fabricado como la cama de Don Quijote, con cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, hacia el fondo, una decoración pintarrajeada al capricho y de una perspectiva infantil, y, en primer término, tres grotescos cómicos, desproporcionados para aquel estrecho escenario, con caras embadurnadas de albayalde y carmín, vestimentas de uso remoto, mímica de pantomima de aldea, y voces de garganta estropeada.

No sé lo que oí ni me importó: salieron muchachas semidesnudas, hubo coplas y picardías que provocaron risas y siseos; y un piano de cuerdas rotas y un trombón enronquecido por las abolladuras, desafinaban rabiosamente conatos de música pegajosa.

Yo, con el hilo de la fantasía y la rueca del

recuerdo, andaba tejiendo, en mi interior, telas de Penélope: me aburría, decididamente me aburría.

De pronto, al fijarme, a la ventura, en la escena, donde vestidas como Dios les dió a entender, cantaban "tres mariposas de amor" el wals de las "Instantáneas," me dije, rápidamente repuesto de la vigilia del fastidio:—Yo conozco a esa mujer; ¿quién es?

Y concentré mi atención, sacudiéndola para quitarle la modorra. En efecto, la mariposa del lado izquierdo, la de amarillo chillante, flacucha, tristonera, de movimientos torpes y como avergonzados, evocaba en mí una memoria lejana, de esas muy escondidas, muy vagas, que nos atraen y nos desesperan con su imprecisión y su lejanía.

¿Corista del Principal, elevada a tiple de barrio? No—pensaba—; para mí que no fué entre bastidores donde conocí a esta chica desmañada, ni en *juerga*, no, ni en holgorio, como una de tantas aventurillas insípidas, que en una hora pasan por la vida de un soltero joven, sin dejar otra impresión que la de una profunda lástima.

Desde luego, notábase su poco hábito de presentarse en público, y en mallas, y de hacer evoluciones escénicas y movimientos voluptuosos. De fijo que nunca llegaría a bailar la "danza del vientre."

¡Era claro! De los encajes burdos y sedas corrientes del *corselete*, ajustado a unos senos sin relieve y a una cintura sin flexibilidades, salían los brazos delgados, de carne blanca y floja, brazos de niña anémica, que se levantan sin gracia y caen con pereza; y de las alas de crespón, enmergía con su tocado de cuentas y piedras falsas, una cabecita

rubia, de oro opaco, un rostro de facciones adolescentes y aire de candidez y fatiga, y en cuya boca de labios finos, se esbozaba la sonrisa, que, por mal fingida, era un mohín de colegiala contrariada.

¡Qué contraste! Sus compañeras sí que tenían el *físico del empleo*: gruesas mocetonas, de gordura modelada con algodón, formas recias, caras cónicas y coquetería ordinaria y provocativa.

Me interesó la mariposa amarilla, y busqué entre mis recuerdos, el rastro de un suceso acontecido. Para salir del bosque, Pulgarcillo seguía migajas de pan; yo buscaba migajas de vida; y no las hallé.

Los espectadores, enfurecidos por una sensualidad salvaje, como la ebria de Campoamor, pedían: ¡Más! ¡más! Las muchachas, desfallecidas por el ejercicio, despintadas por el sudor, respirando con fuerza y dificultad, bailaban, al compás del piano roto y del trombón abollado, el wals vulgar y canalla, que enardecía a aquella muchedumbre sacudida por un vértigo de deseo.

Y yo pensaba entretanto: ¿Qué haces ahí, mariposa perdida, gusanillo de encajes burdos, pobre criatura de ojos claros y melancólicos que me hablan de un pasado que no recuerdo, pero que estoy cierto de que es algo puro y sano, porque, en medio de este olor de perfume barato y transpiración popular, llega a mi espíritu una suave ráfaga de incienso; qué haces ahí, mariposa amarilla, símbolo de tristeza, encendiendo lascivias brutales, a par de tus compañeras, las otras mariposas de alas de fango, insectos nocturnos que rondan en torno de las flores del mal, de los besos que se venden y de las lujurias que se pudren?

Al concluir la *tanda* sentí impulsos de entrar en el tablado, de preguntar, de inquirir, de verde cerca a esa tiple de barrio, y decirle:—Yo conozco a usted hace mucho tiempo ¿no es verdad? ¿quién es usted? ¿por qué vino usted aquí?

Me levanté; interrogué a cualquiera:—¿Por dónde queda el foro? Y me contestaron: por allí.

Atravesé un patio lleno de escombros y de charcos, con arcadas que se abrían en la sombra como enormes bocas de piedra, y, por una puerta exigua, desvencijada, y quedaba paso a un fleco oblicuo de claridad roja y humeante, vi entrar y salir figuras de tiniebla con una precipitación de reptiles que entran y salen de su escondrijo. Lo adiviné: era la puerta del foro.

Mientras me acercaba, iba oyendo ecos y rumores de disputa, palabras obscenas, carcajadas de mujeres histéricas, gritos de hombres borrachos, batahola de muebles que se arrastran, y aquí y allá, vocalizaciones y *férmatas* inhábiles, desentonadas y ridículas.

El escándalo me contuvo. Aquel antro, madriguera de vicios, me repugnó; y resueltamente le volví la espalda, y salí a la calle a respirar el ambiente desinfectante y frío de la noche.

*
* *

Ya de mañana, al despertar, me asaltó el recuerdo del teatro de barrio, y se me clavó en la frente a manera de obsesión insana. ¿Dónde había yo conocido a la mariposa amarilla; dónde, en qué repliegue de la memoria estaba este insignificante episodio de mi existencia en el que la muchacha

tristona hizo un papel breve pero simpático, no me cabía duda, simpático como una dulce y fugitiva sonrisa?

La casualidad, con sus inesperadas coincidencias, con sus golpes teatrales y efectistas, suele dar solución extraordinaria a estos pequeños problemas del acaso. Es ella quien ata y desata los frágiles nudos gordianos con que algunos ilusos entretenemos a la traviesa "loca de la casa." A veces, se detiene mucho para terminar,—como repartidor que retarda la última entrega—estas curiosas novelitas de la vida; a veces, en cambio, muchas veces, violenta la conclusión como folletinista disgustado de forjar enredos inverosímiles.

La casualidad, en esta ocasión, no quiso traerme al retortero, y en unas cuantas horas ajustó las cuentas a mi enredadora fantasía. ¡Ay! ¿por qué no siempre ha sido lo mismo esta caprichosa?

Para escribir esta página íntima de un desbaratado e ideal libro de memorias, me he sentado a mi mesa de trabajo, momentos después de descifrar el misterio de la "mariposa de amor."

¿Que cómo fué? Muy sencillamente; en la vía pública, a pleno sol, sobre la acera invadida de transeuntes, en el corazón de la ciudad. Yo iba detrás del sillón del paralítico, del sillón que rodaba con lentitud, empujado por el mozo distraído.

Todo el mundo lo ha visto; en él se acurruca, bajo el sombrero hongo, un octogenario de mekena y de barbas muy largas, muy espesas, muy blancas, que, con lo tupido de las cejas, blancas también, muy blancas, apenas dejan entrever dos ojuelos muertos, y la punta de la nariz, aguda y amarillenta como el pico de una ave de rapiña.

Ese hombre fué un orador, un periodista, un brioso combatiente de la idea. Yo alcancé sus últimos triunfos y lo vi llegar a la gloria, envuelto en un aura sonante y luminosa, encorvado, pero no tullido, por la edad y por el dolor, porque ese hombre fué asimismo un perpetuo herido de la fatalidad y de la suerte. Sus victorias sangraban.

No me conoce ya; a nadie conoce; va, es decir, lo llevan por esos mundos, inconsciente y senil, en busca de la fosa en que han de caer para siempre, una cabeza fatigada de pensar, una entraña cansada de latir, un cuerpo abandonado de todos y de todo, hasta del sufrimiento.

Yo iba detrás del sillón, y, de repente, una señorita, una polla, como decimos, desde lejana distancia echó a correr hacia el paralítico, y se arrojó sobre él abierta de brazos, ágil, flexible, sin miedos pudorosos ni encogimientos vergonzantes, en bella y decidida actitud, desdeñosa de los que se paraban a mirarla con una curiosidad sonriente.

Y entonces fué cuando despertó en mi memoria el episodio insignificante. Ya sé quién eres, mariposa amarilla, bailarina de movimientos torpes; ya sé quienes sois, cabecita rubia, ojos claros y melancólicos, perfil de adolescente, figura candorosa y angélica; sois un día puro de mi pasado, sois una visión paradisiaca de mi juventud, sois una estrofa de mi poesía virgen, sois una musa de mis primeros versos, sois un sueño mío.

¡Ah, hija del orador, muchacha primorosa, Ofelia de casa pobre, que te asomaste por entre las hojas y las flores de tus macetas para gritarme desde arriba, desde el corredor, a mí, que recargado en una pilastra del patio, te veía:—“Papá” no tarda,

suba usted—niña sonriente y amable, toda pureza y frescura, como la rosa que cortaste para ofrecérmela, niña charladora como un pájaro, mimosa y tierna como una madrecita presentida, que en la penumbra de una techumbre de campánulas, conversaste conmigo de la María de Isaacs y de las rimas de Becquer, ¿dónde está tu felicidad, dónde tu hogar y tus libros castos, y tus flores recién abiertas? ¿dónde está mi fe, dónde mi juventud, dónde mis estrofas sentimentales?

Ahora es cuando ato la cinta violeta de tu recuerdo a los cordeles ásperos de mis penas, y me doy cuenta de que, entre la bulliciosa algazara de la lucha, supe de ti cosas amargas; tu matrimonio con un poeta, que murió en el hospital de *delirium tremens*; la caída de tu pobreza a la miseria; tu primer niño, muerto de hambre; tu horrible y lenta y oculta peregrinación al abismo. En ella no hallaste hadas que te enseñaran el sendero del bien, ni brazos que te levantaran al resbalar; no hubo un Efraín que enflorara tus tristezas, ni un “gnomo” de la leyenda becqueriana que te susurrase al oído cánticos de bondad y hermosura.

Besa, besa a tu padre, bésalo mucho; es lo único blanco que te queda y que pronto te dejará también. Cada uno de tus ósculos parece pedir perdón, y decir:—“Ya lo ves, viejecito mío, yo no tengo la culpa.” Y es verdad, no la tienes; ¿qué culpa tienes de que te hayan quitado las otras alas, las de la inocencia y la dicha, y te hayan puesto estas de trapo con que te disfrazas de mariposa del amor?

Coppeé, François Coppeé, cantor de los humildes y de los desventurados, ¿qué te has hecho, que no me acompañas a ver estas triviales y dolorosas